

guida de Nicolás el administrador de la casa, dijo D. Candelario.

—¿Por qué no viene todavía ese médico? . . . ¿Qué es lo que pasa? ¿Es vd. su mozo? preguntó al Remigio.

El mayordomo se descubrió respetuosamente, y, mostrando al recién llegado contestó:

—¡Si este hombre es el *dotor!*

—¿Vd. es médico? interrogó el general al de la chaqueta.

—Soy *prático*, señor; soy *cura-güeso*, cirujano, voy á donde me llaman y ando *campeando* por aquí y por allá, donde me buscan; nada más por ganar los *frijolitos*.

—Pues no hay remedio, amigo, ni más cera que la que arde Acérquese por Dios, y vea á la señora. Se cayó y quién sabe qué resultas le vengan también.

—No tenga *cuidao*, señor amito, vamos á *esculcar* á la enferma y *asigún* lo que *haiga*, veremos si la dejamos como nueva.

—Con que me la deje sana me conformaré yo, que lo demás no hace al cuento.

—Pues no tenga *cuidao*, señor amo; los *doctores* curan de golpe, nada más; pero no saben curar de susto y de espanto que es lo *más pior*. Nosotros sanamos todo. Yo *asestí* á uno que se *faturó el occipital del cráneo* y al cabo de quince días lo dejé *¡d ínte gro!*

—Pues al avío y con tiento, porque si le causa daño á mi señora, hasta la

cárcel va usted á dar cuenta de sus curaciones.

—Con el permiso de usted, señor amo.

Y aproximándose cautelosamente, el inonso, bizeo y belfudo caballero de la chaqueta, se detuvo ante "el lecho del dolor;" puso sus profanas manos sobre el venerando cuerpo de Doña Claudia Hornaguera de Aceituno; sobó, palpó, oprimió, estiró y percutió á su regalado antojo aquel menguado, arrancando quejidos desgarradores á la paciente, y después del examen pericial, concienzudo, dilatado y cruel, formuló su dictamen el facultativo en los siguientes conceptos:

—Lo que es toda la *huesería* está *perfetamente*; nada hay roto, nada salido fuera. Todo lo que ha pasado es que la señora se *venteo* harto con el susto, el porrazo y el *aigre*. Pero *carculo* que también está muy mala de otra cosa.

—¿De qué? preguntáronle con ansiedad.

Y el de la chaqueta, haciendo un gesto peculiar á los grandes médicos cuando emiten un mal pronóstico, dijo:

—¡Tiene apretado el riñón!

—Vaya, vaya . . . dijo el Gobernador. Lo que interesa también es que nos diga vd. si podrá caminar mañana mismo.

—Con una *bilma* que le pongan, con la cataplasma de una yerba que les traeré y con una *vendada fuerte*, están sus mercedes del otro lado.

El señor Aceituno suministró un par de pesos al émulo de Hipócrates, y Bermejo le ofreció en secreto una presidencia municipal ó un puesto en la gendarmería, si la cataplasma y la *bilma* daban los resultados apetecidos.....

.....

.....
¿Se operó un milagro? ¿No era la caída de consecuencias? ¿La misteriosa y burda terapéutica obró sus naturales efectos....? ¿Sábelo Dios!

Ello es que al día siguiente emprendieron los viajeros su penúltima jornada. La señora Doña Claudia renunció á su fementido "melado," cambiándolo por un "rosillo" de mansedumbre que había causado ejecutoria conforme á derecho; por este motivo la Hornaguera de Aceituno se mostraba tranquila y cuasi contenta.

Aprovechando aquella dulce calma, nacida de los anteriores quebrantos, el señor Licenciado Rábula quiso continuar sus discursos, eligiendo por tema del día "algunas consideraciones sobre los deberes de los gobernados" para el gobernante; pero Don Candelario no se dignó prestarle la misma atención que la vez pasada, y desde las primeras de cambio, le dijo:

—Hablemos, amigo Don Ulpiano, de esos bosques que son mi deleite; de esas tierras vírgenes también donde ¡jamás y nunca ha puesto su planta la mano del hombre!

1020132377

CAPITULO XI.

En que se refieren escenas parecidas á la del Domingo de Ramos y se oye entre los acordes de las dianas el sempiterno: "¡Hosanna! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor."



A Jefatura política ordenó, en la forma más conveniente, el adorno de las calles, plazas y edificios públicos de la ciudad. Gracias á esto, no faltaron, sino más bien sobraron, gallardetes, banderolas, festones y cortinas que lucieron en muchas partes, distinguiéndose entre todo (aquí va lo bueno) un arco triunfal que merece capítulo propio.

De su estructura respondían á satisfacción fuertes andamios; en cuanto á su forma, allá se la fueron dando como salió y según los materiales empleados en este monumento. Hubo en él mesas de fonda, escaleras del servicio de alumbrado, cestas forradas de lienzo para figurar almenas, trapo y papel dorado y de colores á voluntad. Nadie supo si aquello era pórtico, puente levadizo ó boca de túnel. Se le pusieron unas figuras pintadas al temple, se le distribuyeron emblemas de la *industria, la agricultura, las ciencias* y la

guerra; y, sobre aquel revoltijo de flores, manta, papel, carrizo y muñecos simbólicos, iba lo principal, el gran rótulo donde, en caracteres legibles á una regular distancia, el populacho deletreó trabajosamente estas palabras:

"Al ameritado, probado, denodado y valiente General Don Candelario Aceituno, el pueblo soberano y libre del Estado."

Luego aparecían dos fechas con cifras enormes: una, la del año en que vino al mundo el General, como si en esto hubiese alguna gracia, y la otra, la fecha de su elección á la Gubernatura.

Comisiones fueron y vinieron para atender á todos los artículos que comprendía el programa de la festividad. Una comisión á San Pedrito para saludar al General; otra del Ayuntamiento para darle la bienvenida en las "goteras" de la población; comisiones para el baile, para el banquete, para la serenata, amén de otras especiales, del Congreso, del Tribunal Superior, del H. Cabildo, del Comercio, de Hacienda, etc., etc. No faltó una de damas para atender especialmente á la señora Doña Claudia Hornaguera de Aceituno y sus distinguidas niñas.

Desde muy temprano circuló la voz de que el General "llegaba en la tarde." La gente se aglomeró en las calles, fueron limpios y acicalados como para boda los contados coches de propiedad particular que se destinaron al Gobernador y su co-

mitiva; para ir á encontrar á ésta, salieron ginetes en briosos caballos, ostentando riquísimas monturas, los jóvenes prominentes de la localidad.

Y ochenta hombres de los que se les llamaba y se les llama "Batallón de Guardia Nacional" formaron la valla lo más separados que fué posible, para llenar la distancia: se estiró el resorte hasta lo último que podía dar de sí. Hay que confesar que lució "la Guardia" un uniforme limpio, aunque tan antiguo y gastado como su armamento. En la plaza de armas y apuntadas con mira al cielo "para que no hubiese desgracias," tres piezas de artillería del *más antiguo Galván*, se hallaban prevenidas para la salva tradicional de ¡veintiun cañonazos!!

Llegó el instante supremo, la multitud se agitó como turbulenta mar; la concurrencia de azoteas, ventanas y balcones saludó con gorras y pañuelos, diéronse las voces de mando para presentar las armas, redoblaron los tambores, sonaron los clarines y empezó á desfilar aquella procesión.

En tres carrozas abiertas entró el General y las personas más escogidas de su cortejo.

Después seguía confuso tropel de ginetes y gente de á pié. El futuro Gobernador fué aclamado y saludado á su paso. El entusiasmo del público rayó en lo indecible: las campanas se echaron á

vuelo, los cohetes, las ruedas giratorias y piezas de artillería detonaron estruendosamente; hubo vivas y gritos de júbilo. Atizó este movimiento en las masas Don Faustino Alegría, organizador insustituible de manifestaciones populares, hombre ducho y activo en eso de reclutar gente y que ponía en un momento dado, cien individuos del pueblo, listos para recorrer las calles con música y hachas encendidas, proclamando á grito herido lo primero que se les indicase.

Esa misma noche hubo fuegos artificiales en la plaza, y gran serenata frente á la mansión del Señor Licenciado Don Genovevo López, donde el General Aceituno se hospedó provisionalmente.

El Director de la "banda de música del Estado" ejecutó lo más escogido de su repertorio, en el que figuraban dignamente "Hernani," "La Tempestad," "La Jota de los Ratas" y "Te volví á ver." Esto sin contar con un paso doble titulado "Frente al enemigo," dedicado al General Aceituno.

Mientras todo era alegría y contento en el exterior, se desarrollaba una escena lúgubre en las habitaciones que el Gobernador saliente ocupaba en palacio.

El General Armadillo hablaba con el Secretario y el Tesorero.

—Supone el nuevo Gobernador, dijo el General, que tiene muchos partidarios, y á eso se debe el entusiasmo público. Lo

mismo me pasó á mí: ¡ya veremos cuando salga del poder!

—Todos nuestros amigos se han ido á su lado, dijo el Tesorero.

— Si, todos van al sol que nace.... Y luego prosiguió, dirigiéndose al Secretario ¿Está usted listo para la entrega?

— Completamente.

—No deje usted rastro que nos pueda cojer. ¡Dios sabe con qué ánimo vendrán esos hombres!

—Yo, dijo el Tesorero, también estoy listo y traje ya mi *corte* hecho.

—¿Cuánto dejamos en caja?

—Ni un centavo, señor.

—¡Muy bien!.....



CAPITULO XII.

Nuestro D. Candelario empuña las riendas del indomable potro que se llama el Gobierno.

A los dos días se verificó la toma de posesión.

Es probado que solo en tan solemnes ocasiones acudía el público á presenciar los trabajos de la Legislatura. Allí siempre reinó la más tranquila soledad.

La concurrencia que llenaba esa vez el local de la Cámara era casi toda compuesta de empleados en franquía y algunos curiosos.

El Diputado Bermejo presidió con gran *prosopopeya* la interesante sesión del H. Cuerpo Legislativo.

A la hora prescrita, y previos los acordes del Himno Nacional, se presentó el General Aceituno, acompañado de la comisión correspondiente, á prestar la protesta de ley.

No se limitó el nuevo gobernante á llenar la fórmula reglamentaria, sino que llevaba á prevención un discurso corto, pero de mucho tuétano, que escribió Don Genovevo López, según las indicaciones

del General. ¡Qué alocución aquella tan memorable!

No tocaba á la anterior administración, sino para decir que *la juzgaría la historia*, y en cuanto correspondía al programa del nuevo gobierno, bosquejaba una era de venturanza, fecunda en moral administrativa y de amplios horizontes en aquello de las *mejoras* y la *instrucción*. El discurso fué aplaudido con entusiasmo, y al salir la concurrencia del salón que ocupaba el congreso, repartiéronse copias impresas del discurso que se llamó "programa Aceitunista" y que podía estimarse como la base ó piedra angular de la naciente administración.

Acabada la protesta y antes de las felicitaciones de uso corriente, se hicieron los nombramientos de los principales funcionarios, renovándose así la médula de la autoridad.

Luego principió el besa manos, con desfile de poderes, corporaciones, personal de oficinas, agrupaciones particulares y demás personas que debían ó querían ir á estrechar en sus brazos al nuevo jefe del gobierno, á la esperanza viva de los caídos, á la puerta franca de las ambiciones, al que debía ser, siguiendo el orden regular de las cosas, padre de algunos y padrastro de muchos.

Entonces surgieron recuerdos inverosímiles, relaciones íntimas, servicios pres-

tados de mucho tiempo atrás al Señor Gobernador.

Uno le conoció de niño, otro sirvió á sus órdenes, aquél tuvo amistad con su suegra, el de más allá le dió una receta contra los callos. . . .

Con las felicitaciones llovieron presentes, obsequios, abrazos y transportes de la más viva efusión.

—Usted es mi padre, señor General.

—Usted es, Señor Gobernador, el amparo de los pobres.

—Usted hará justicia al mérito.

—Usted, le dijo el jefe de las fuerzas federales, es mi viejo compañero y amigo, ¡casi mi hermano!



CAPITULO XIII.

Se instituyen de nuevo los sacrosantos misterios de la Eucaristía Política, se comparte el pan y el vino de las adulaciones palaciegas y se derrama "hasta la última gota de sangre."

EL mismo día en que tomó posesión de su envidiable magistratura el General Aceituno, hubo un suntuoso banquete que hizo época en los anales del Estado. Se sobrentiende que el Señor Gobernador fué el santo de aquella fiesta en que se hallaron reunidas, según el decir de los periódicos, *la aristocracia de la sangre, la del dinero y la del talento*. No faltó (ni por qué había de faltar) *la aristocracia de las armas*, dignamente representada por el Jefe de la Zona Militar, brigadier de reciente ascenso, que lucía su brillante uniforme entre los concurrentes.

Allí estaba también el General Armadillo, el terrible competidor de Aceituno, el gobernador caído, que sabía cubrir con fórmulas y exterioridades diplomáticas, las maquiavélicas intrigas que sordamente preparaba á su rival.

El banquete fué costeadó con demasía, gracias al prorrateo privado que se hizo entre las personas del "Círculo Aceitunista."

El Gobernador ocupó el centro de la mesa; á su derecha estaba su antecesor Armadillo; á la izquierda el Secretario General Don Genovevo López. En el lado opuesto, el Jefe de la Zona Militar con Rábula y el tesorero Don Modesto Rapiña, á sus lados ó á sus flancos.

A la hora de los postres, y en representación del Círculo pagano, el Secretario López hizo uso de la palabra y dijo en medio de general espectación.

Señores: más que momento de felicitación al señor Gobernador, es este instante de congratulación para nosotros. Felicitémonos, pues, porque el Estado ¡ya tiene un redentor! (aplausos) Nuestra entidad federativa, pobre, abatida, despreciada, por decirlo así, pero siempre grande, siempre heroica, cuenta ya con un cerebro que la ilustre, un brazo que la levante y . . . un corazón que la engrandezca. (Más aplausos.) El orador continuó con voz pausada. Pues bien señores, ese cerebro . . . ese brazo . . . ese corazón . . . pertenecen . . . al probo, al valiente, al patriota . . . al que . . . por mil títulos . . . si no se hallase aquí, le . . . llamaría yo el egregio General . . . Don Candelario Aceituno. (Bravos, golpes en la mesa, gran aprobación.)

Siguió el Licenciado López enumeran-

do las hazañas del General, desde su ingreso en la gloriosa carrera, hasta sus campañas últimas en que sobresalía el encuentro de Barranca Honda, donde se batieron treinta contra doscientos, y no murió nadie. Terminó Don Genovevo su brindis así: *Por el Estado que nos vió nacer, por la ventura de su esclarecido jefe, por la prosperidad general.*

El entusiasmo se manifestó en sus variadas formas.

— ¡Qué elocuencia! dijo el Tesorero.

El Oficial Mayor de la Secretaría felicitó á su inmediato superior, en estos términos:

— Señor, ha estado usted ¡sublime!

Sonaron las copas, uno de los concurrentes se puso en pié, y oyóse la voz estruendosa de ordenanza que dijo:

El señor licenciado Rábula tiene la palabra. El anciano juriconsulto, sacado de su habitual circunspección por los vapores del vino, principió de esta manera:

Viejo sacerdote de la ley, señores, sigo escrupulosamente el "sum cuique tribuere" que se inscribió en los eternos fastos del Derecho Romano.

— ¿Qué dijo en Francés? preguntó Aceituno á su Secretario.

— Fué un latinajo, respondió López, que significa dar á cada uno lo que le toca.

Rábula continuó.

Por eso vengo, en nombre del foro del Estado, á rendir homenajes de incondicional

adhesión al amigo leal, al gobernante modelo. Paupérrima es mi demostración, pero recibala nuestro integérrimo mandatario, como fallo definitivo y sin apelación, de una honrada conciencia. Por usted señor General. . . . por usted, de quien podremos decir la frase del latino: "non sine causa gladium portat:" no sin razón tiene su espada. (Aplausos débiles.)

Cuando terminó Rábula su brindis macarrónico, un joven audaz, empleado en contribuciones se levantó.

Señores: dijo-seré breve. Brindo por el General Aceituno que será para . . . nuestra . . . patria, un . . . el . . . reformador el regenerador y . . . un . . . ó, lo que es lo mismo, el impulsador. Pues bien, aunque empleado humilde no soy adulador, pero sí admirador por ó, mejor dicho de las ventajas y cualidades de nuestro buen gobernador. No puedo hablar . . . Señor General, tomo esta copa por usted como el último de sus servidores que sabrán derramar hasta la última gota de su sangre por usted, á quien seguiré como un adicto á doquiera vaya. (Hubo risas y cuchicheos.)

El General movió la cabeza, haciendo un signo negativo y dijo quedo á López: «¿Donde me seguirá ese muchacho cuando no tenga empleo que darle?»

Brindó Bermejo, brindó después el redactor del *Periódico Oficial*, que llamó á Aceituno *el émulo de los mejores estadistas*. La serie de brindis fué larga. Cuan-

do nadie tuvo que decir, cuando hasta el Regidor del alumbrado se lanzó á pronosticar la supresión de la luz de aceite, anunciando que *sería substituida por otras más de acuerdo con los avances de la ciencia*, el Gobernador se levantó y todos hicieron lo mismo.

—Tengan ustedes la bondad de sentarse, dijo el General. Obedecieron, y el Señor Aceituno comenzó su brindis de este modo:

En toda mi carrera "militar," desde que fuí zapador hasta la presente, he dado pruebas de amor al pueblo. Porque yo siempre amé al pueblo desde que tomaba "reductos." Una vez me hirieron en el sitio dentro del perimetro de "circunvolución" y dije: todo por mi patria, y como soldado y en él me "retifico" Si con el derrame de . . . la contribución sobran recursos, habrá fomento moral y material de una y otra cosa. También habrá escuelas y caminos y puentes también; porque todo se presupuestará convenientemente para mejoras, que es mi programa de administración. Cuento . . . con todos y que no haya desertores en las filas porque los que "desiertan" papablemente no son amigos. (Aplausos) Quiero y fio en el pueblo soberano, porque como dijo el Nigromante, los pueblos hacen los Gobiernos.

Ahora, invito á todos á que "échemos" un brindis por el gran hombre de México,

por nuestro dino Jefe, por el Señor Presidente de la República. ¡Bien, bravo, viva!

Todos agotaron en aquella eucaristía política, la última porción del *Champagne*.

Se disolvió la concurrencia: el Gobernador salió, á los acordes del Himno Nacional, y la curiosa multitud vió desfilar la comitiva en un orden, aspecto y condiciones bien distintas de como entró.

La noche había cerrado.

Dos hombres tambaleando y dando traspies se internaron en una callejuela sombría. Eran Bermejo y el Tesorero Rapiña.

—¿Te fijaste en que no brindó Armadillo?

—Si brindó en lo particular y la chita callando. Pero ¡como le guiñaba el ojo al Jefe de la Zona!

—Tal para cual.

—¿Y qué largaría en su brindis clandestino?

—¿Pues qué había de echar fuera, hombre?.. ¡veneno!



CAPITULO XIV.

Dedicado enteramente á Terpsicore y en su parte final á Caco; pero amenizado por la música, los brindis, las piruetas y otras cosas más ocultas.

BRA de muchas deliberaciones fué la elección de local para la fiesta. El salón del Congreso resultaba poco espacioso; el teatro "Juan Armadillo" era *por mil títulos* inconveniente; se decidió, por fin, dar el baile en el gran patio del Instituto de Ciencias que llenaba todas las condiciones apetecibles.

La comisión respectiva lució perfectamente sus habilidades en el adorno del edificio. Manta arriba y manta abajo; profusión de flores en el cornisamiento y las columnas; arañas suspendidas de alambres entrecruzados bajo la tela; laurel á pasto y en forma de coronas sobre las claves de los arcos; lunas aquí y allá; lentejuela sobre el pavimento. Con todas estas cosas y otras más de que no es preciso hacer mérito, quedó convertido aquel sitio, según después afirmó el Periódico Oficial, en *una mansión de hadas*.

Rábula dijo—"Terpsicore le hace ho-

nor á Minerva" Bermejo afirmó—"No tenemos envidia al Salón de Embajadores."

De todos modos, el trabajo de la comisión fué meritorio, porque hubo que sacar los objetos de ornato de todas partes: de aquí se llevó un candelero, de allí un espejo; en tal parte pidió tres docenas de sillas, en la otra seis cortinas. Hubo también ofertas espontáneas de artículos de lujo y fantasía, tanto por parte de aquellos que deseaban congraciarse con el Gobernador, como de los que pretendían obtener billetes para el sarao.

No es posible pasar inadvertido el retrato del General Aceituno, obra de arte oficial, salido de la pluma de un candidato á la pensión en México. Frente á la vera efigie del señor Gobernador, se destacaba un cuadro litográfico que representaba al señor Presidente de la República. Este último cuadro era el remate de algo así, como trofeo ó templete en que se veían, cañones, esferas, arados, planos geográficos, útiles de escritorio, bombas, libros y ocho fúsiles viejos armados en sendos pabellones. Dos soldados barbudos custodiaban este emblemático sitio, con orden de no mover más que los ojos.

En lo de las invitaciones y su distribución, surgieron graves disgustos motivados por omisiones y suplantaciones bochornosas.

«Los lanceros» fueron ensayados en la casa de Don Crispulo Camaleón, nombrado bastonero.

A las nueve entró en la sala Don Candelario, conduciendo á la señora de López, y López introdujo á Doña Claudia, quien lucía ricas joyas compradas en La Esmeralda á plazo. Claudita y Domitila Aceituno iban con Bermejo y Rábula, quienes eran Comisión de Recepción y llevaban las rosetas que indicaban su carácter.

Lo más granado de la ciudad, lo más saliente en política, lo más florido del bello sexo estaba en el salón. No faltaron Armadillo ni el Jefe de la Zona Militar quienes, en un ángulo, hablaban discretamente.

La orquesta preludió *los lanceros*, los jóvenes se apresuraron á buscar sus parejas y el baile comenzó en el orden más perfecto y con el mayor entusiasmo.

La pieza terminó sin otra novedad que la manifiesta inclinación de Bermejo hacia Claudita Aceituno.

Domitila, por su parte, dejó prendado al Juez del Ramo Penal.

Excusado es decir que la familia del Gobernador fué el blanco de todas las miradas y el platillo de todos los comentarios.

—¿De dónde serán éstas?

—Quién sabe.

—Qué gorda es la señora.

—Dicen que el *diputado* se aficiona á Claudia. No es bonita; pero tiene *su le- jos*.

—Aunque no lo tuviera; encontraría pretendientes lo mismo que la otra.

—Sí, por la posición.

—Eso. Se les ha *subido mucho* el puesto.

—Cuentan que en México no eran na- die.

—Seguramente. Yo cuando estuve *allá* ni *mentar las ota yo siquiera*. . . .

—¡Qué taco!

—Y qué *físicas* son. . . .

—Muy flaca está Luz Inguanzo.

—¡Mamá, qué moda sacaron los Frun- quejes!

—Del *año de uno*.

—Las Gómez no parecen.

—Será prohibición del novio que es *un patarato y un ridículo*.

El General Aceituno, entre tanto, reci- bía á todos con benevolencia, saludaba con afabilidad y daba rienda suelta á su carácter democrático, dirigiendo á roso y velloso frases llanas y lisonjas enteramente campesinas.

—¿No baila, amigo? decía á cualquiera, dándole un golpecito en el hombro.

—¡Esta es noche de trueno, exclamaba!

Un momento que se encontró con Rábu- la, le dijo con ironía:

—¡Bien, señor Licenciado! Le dá usted "vuelo á la hilacha."

—¡Esta noche es de expansión! contestó el juriconsulto.

Cuando veía á las parejas tropezar ó agruparse en algún lado, las aconsejaba bondadosamente el General con estas pa- labras:

—Vamos, hijitos *¡no se hagan bolas!*

Los concurrentes le preguntaban al Go- bernador:

—¿Está usted contento?

—¿Quiere usted bailar?

—Ahí está mi hermana.

—Ahí está mi señora.

—Ahí están mis niñas.

— Yo bailo danza, contestó el Ge- neral.

Pero el más famoso de todos sus di- chos fué el que dirigió á un miembro de la H. Legislatura, cuando le anunció que estaba listo el *buffet*.

—¿Qué me dice en inglés? le interrogó.

—Que está puesta la mesa.

—¡Ah! marchemos, camaradita, por que ¡no hay caballo flojo si lo llevan al pese- bre!

Después de la cena, en que menudea- ron los caldos escandalosamente, el Se- ñor General Aceituno perdió la brújula. . . . Bromeaba, dirigía cumplimientos fa- miliars á las señoras, y reía, chocando su copa con todo el mundo. Se iniciaron brindis repetidos y hasta venenosos. El General Armadillo, que andaba también

fuera de compás, dijo al tomar una copa:

—Porque *eso* que se espera, sea la pura verdad.

Todos encontraron en esta frase un fondo lleno de explosivos. La esfinge había no solo hablado, sino prendido la mina. ¡Jesús nos valga! El General Aceituno se levantó, reprimiendo mal su enojo y dijo:

—“Señores: *sincero* como soldado, estaré en mi *linia*. No aguantaré abusos “ni *que metan mano*. Yo gobierno con pan “y palo; á los buenos les daré una cosa “... á los malos otra, que es el orden, “según dice el señor Secretario. Es mi “*doctrina* también desde que *andé* en la “revolución y fui zapador. Lo digo como “lo he dicho cuando dije el otro brindis, “y no es hacerme de papeles, sino pa- “triotismo que es mi ley. Habrá orden, “premio al mérito en cuanto cabe, y me- “joras que es la base también. Por eso “brindo, por la *igualdad*, *el progreso*, *la* “*fraternidad*, la civilización y por el pa- “bellón nacional y nuestro digno Presi- “dente, que es el superior ...

A las dos de la mañana, los vapores del alcohol habían convertido el baile en verdadero *pandemonium*.

Concluyó la última danza á las cuatro, precisamense cuando Bermejo le decía á Claudita Aceituno:

—Aseguro á vd. que no olvidaré nunca estos instantes de suprema felicidad...

.....

*
**

Nada más porque no me creas maldiciente, lector amigo, excuso decirte, cómo fué que, mientras los convidados salieron por la puerta principal del edificio, por otra, que había en el jardín del Instituto, se escapaban varios mozos custodiados por gendarmes, llevando cajas de Champagne, barricas de Cerveza, carnes, pasteles, helados y hasta cubiertos y parte de la vajilla. La calumnia señala nombres y determinadas personas; pero ... ¡Dios sólo sabe á qué bocas ó. á qué *bolsas* fueron á parar aquellas golosinas!



CAPITA ALFONSO